

El Gaspar y el diablo

1.—DE NUEVO EN BUSCA DE GASPAR

Quizá algún lector recuerde que en febrero salí, lleno de bríos, a pescar un gaspar. En Los Chiles me pasaron bastantes cosas, pero regresé sin el codiciado gaspar.

Dicen que el fracaso es estimulante. En mi caso, se convirtió en el centro de una verdadera psicosis maniaco-gasparina: veía gaspares, con sus fauces cododriláceas, chechándome por todas partes, y yo, frenético, dándoles golpes con la caña de pescar. Un día oí decir que se podía ir por tierra a Los Chiles. Entonces, la psicosis se convirtió en acción. Con los mismos amigos, Antonio Abellán y Ronald Montagné, planifiqué el safari en grande. Y como estos procesos psíquicos son contagiosos, el safari fue creciendo.

Con el Sr. José Luis Rodríguez, propietario de la finca "La Gloria", que se halla allá por las ultimidades del Río Frío, convinimos en encontrarnos un día determinado, a mediodía, en Caño Negro. De allí, iríamos a La Gloria al anochecer.

Los preparativos fueron en grande. Me equipé con dos cañas de pescar, una de dos metros y otra de cuatro y medio; tres carretas; anzuelos, plomos y flotadores variadísimos; treinta señuelos artificiales variados; una libra de camarones; una red y un bichero. Mi atuendo de pescador ya, por sí mismo, es peculiar. Como los mayores fríos los he pasado en los lugares calientes, empaqué previsor una sábana, una cobija y un almohadón. Hice testamento, aunque todo él sólo contiene buenos deseos.

A las cinco de la mañana, la víspera del día crucial, un Land-rover imponente, conducido por su propietario, el Sr. Arturo Abellán, farmacéutico en Limón, y lleno con su hermano, su sobrino, un amigo ("El paisa") y Ronald, pasó a recogerme. Como sé, de oídos, que esos vehículos tienen doble tracción y "chancha", aunque no sé para qué sirven, me senté eufórico. Adelante, hacia el Norte.

Hasta el Muelle del Arenal, el viaje fue normal, por asfalto. En Terrón Colorado, nom-



Constantino Láscaris

bre bien puesto, pasamos el río en el ferry. Y desde allí, fue un asunto muy serio.

Conozco algo de las llanuras del San Carlos. Y esperaba una trocha de llanura. Pero no. Empezó y siguió un subir y bajar, doblar y brincar, de espanto. Yo me sospecho que los geógrafos empiezan los mapas de Costa Rica por el centro y poco a poco se cansan de pintar montañas y entonces se inventan unos llanos. El trecho de Turrialba a Siquirres o el de Ciudad Colón a Quepos me han dado dolorosas desilusiones montañosas. Para los geógrafos, un monte de 300 ms. carece de interés. Para el que lo sube por una gradiente de 30°, a través de media docena de recodos, es decisivo. Más de 50 Kms. seguimos una trocha de montaña, a través de una abra recién volteada en la montaña: Troncos humeantes, algunos todavía en llamas, marcaban lugares de inicial colonización espontánea en la selva.

El viaje fue feliz. Con el alma en hilo durante seis horas, llegamos a mediodía a Los Chiles.

Encontré la población igual y diferente..

La trocha, la rústica, como ya es moda decir, ha cambiado psicológicamente la región. Los chileños se sienten "integrados" Hay cordón umbilical. Un recién abierto hotel acoge a los viajeros.

Pero esta vez mi egoísmo no me dejaba pensar en Los Chiles. Caño Negro el pantano-paraiso de los gaspares, me esperaba. En mi manía, sólo logré arrastrar a Antonio y a Ronald. Los demás decidieron quedarse en la urbe. Apalabramos un bote a motor para las 2 de la mañana siguiente.

Sin embargo, el botero no me despertó hasta las cinco. Protesté, pero la verdad es que agradecí esas horas de sueño. Y casi a las diez, el bote se arrió al atracadero de Caño Negro. El recorrido por el Río Frío y luego por el caño es imponente. Pocos animales, garzas y congos, vegetación lujuriosa, potreros para el ganado a veces, y muchas veces selva impenetrable.

Y allí, frente amí, en el Caño, brincaban gaspares de más de un metro. Me sentía exultante. Día y medio de viaje penoso me habían llevado al corazón de la fauna gaspar.

Y después de almorzar arroz y frijoles, empecé a preparar los pertrechos de pesca. Antonio, con pinolillo, logró atrapar algunas sardinillas para carnada. Yo llevaba además una libra de carne de vaca china.

Pero, como las novelas sentimentales mexicanas, dejemos el planteamiento de la acción para otro día: la pesca del gaspar.